

Y atreviéndose el comandante á amenazarle.

—¡Basta!—exclamó; podéis quitarme la vida, pero ninguno de vosotros es bastante fuerte para romper mi voluntad.

A una señal de Cavero, el capitán Palacios, designado por sus tristes antecedentes para semejante empresa, arrestó al intrépido representante del poder y lo hizo prisionero, manifestándole que si persistía en su resolución, el día siguiente sería el último de su vida.

Libres de su jefe, oficiales y soldados se esparcieron por los diversos barrios de la población para entregarse al pillaje, á la embriaguez y á todo linaje de excesos, según sus antiguos hábitos.

Solamente algunos centinelas apostados á la puerta del calabozo se desesperaban por no poder tomar parte en el saqueo de la ciudad: uno de ellos velaba en la habitación contigua á la que ocupaba el primero.

El primer pensamiento de García Moreno fué el de encomendar á Dios su alma, pues no ignoraba que aquellos bandidos eran capaces de asesinarle sin misericordia; pero después, con admirable sangre fría, se puso tranquilamente á pensar en los medios de prolongar una vida que no juzgaba inútil para la salvación de la patria.

A través de una claraboya que daba á la calle veía á los centinelas que, con aspecto bastante mazorrado, seguían con la vista á sus compañeros más afortunados; de donde conjeturó el prisionero que triunfando en ellos el instinto sobre la consigna, no tardarían mucho en abandonar su puesto para ir á saciarse de licores y botín.

En aquel instante el criado de uno de sus fieles amigos, que había obtenido bajo un pretexto cualquiera el favor de hablar un instante al preso, le hizo observar que era fácil escalar el muro de la prisión después de desellar los travesaños de una ventana.

Una vez libre, hallaría á la puerta de la ciudad un caballo ya ensillado para huir.

—Di á tu amo,—contestó el prisionero,—que yo saldré de aquí, no por la ventana, sino por donde he entrado.

Su previsión se cumplió al pie de la letra. Los centinelas fueron desapareciendo unos en pos de otros abandonando toda la vigilancia al centinela interior. Después de algunos instantes de reflexión, García Moreno se acercó á aquel único guardián y le preguntó en tono de amo, ó mejor de juez:

—¿A quién prestaste tu juramento de fidelidad?

—Al jefe del Estado,—contestó el soldado temblando.

—El jefe legítimo del Estado soy yo. Por consiguiente me debes